

LA EVOLUCIÓN TRUNCADA DE DONOSO CORTÉS

Por JOSÉ ANTONIO ULLATE (*)

Al hablar de evolución truncada en referencia a un gigante como Juan Donoso Cortés se corre el riesgo de resultar ridículamente pretencioso. Donoso campea como un prócer por nuestro siglo XIX y su sombra se proyecta hasta hoy reflejando su intensa y breve vida. Una vida que, forzoso es decirlo, destaca mucho más por el sello del logro que por el del trunco. Más aún si la comparamos con nuestras vidas de transeúntes por una edad todavía más infeliz que la suya, al tiempo que carentes de su grandeza.

Sólo con temor y con respeto, sin perder nunca de vista el ejemplo imponente de Donoso, podemos aproximarnos a la trayectoria vital del genial extremeño. Si nos atrevemos a hablar, como nos han requerido, de la trayectoria, de la evolución truncada de Donoso Cortés será desde la admiración, desde el aprecio y la estima de su vida y de su obra —más todavía de su vida que de su obra—. Es más, mi osadía nace de esa radical admiración, que no sería tal si llegara a cegarnos y a impedirnos reflexionar con fidelidad sobre el conjunto del legado donosiano. Si como dice el libro de Job (XIII, 7), Dios no quiere que defendamos su causa con mentiras, tampoco tiene sentido una apología de sus siervos que se imponga como premisa el disimulo de sus eventuales imperfecciones.

El genio de Donoso, fulgurante y acerado, torrencial en intuiciones que rebasan con holgura sus propias premisas intelectuales, fue reconocido de inmediato en su propio tiempo como una feliz anomalía y ha gozado de una afortunada aunque guadianesca posteridad que, sin embargo, no siempre, y hasta podríamos decir que en pocas ocasiones, ha permitido que el aplauso de sus escritos fuese parejo con la profundización de su pensamiento.

A Donoso se le ha admirado mucho y se le ha detestado otro tanto y se le ha querido hacer patrono de ideologías y teorizador de sistemas extraños. Se ha querido utilizar su prestigio para avalar doctrinas y se le ha identificado con

(*) Escritor (Pamplona).

movimientos que él hubiera mirado con aprensión. Como todos los hombres apasionados ha generado pasiones contrapuestas y en la medida en que esta ágrafa edad alberga un punto de curiosidad intelectual, sigue levantándolas. Por eso, no ha sido extraño que en el fragor de la disputa y teniendo presentes las aviesas intenciones de los impugnadores, los que admiramos al político andante lo hayamos podido reivindicar sin matices, de un modo reflejo a como los que presienten más que entienden el valor cristiano y civilizador de su ejemplo y de su palabra, lo condenen sin distingos.

Pero para distinguir con lucidez conviene que se sosiegue la pasión. Podremos así reconocer que hay en Donoso algo misterioso que nos gana a su afición por encima de la exactitud de sus pensamientos. Es precisamente esa apasionada entrega suya a la búsqueda de la verdad la que nos seduce, junto con un don excepcional para expresar felizmente su anhelo, para decir las cosas con fórmulas vibrantes e inflamadas. Capacidades éstas no exentas de peligro, puesto que su prosa embriaga y entusiasmo hasta el punto de hacernos dar aprobación a algunas de sus formas de pensar que no llegaron a purificarse en esa transición que caracterizó su vida entre el naturalismo y lo sobrenatural. Además, para no trivializar su figura, habremos de reconocer que esa lucidez no sólo se limitó a la intuición genial de las consecuencias de los males de la época, adquiriendo tintes proféticos admirables, sino que alcanzó también a diseccionar los males que aquejaban específicamente a la Iglesia, como atestigua ejemplarmente su estremecedoramente lúcida carta al Cardenal Fornari.

Veamos, pues, en qué sentido se puede hablar de una cierta evolución truncada en Donoso.

De entrada nos encontramos con un hecho notorio: la constatación del profundo cambio que se dio en el pensamiento del extremeño. Esta verificación nos permite trazar una dirección y un sentido, aunque por sí sola no permite pronosticar una eventual progresión en el mismo sentido, ni por lo tanto hablar de evolución truncada. Es una mera constatación a posteriori.

Para dirimir si realmente la muerte impidió que Donoso Cortés acometiera una revisión de algunos aspectos liminares de su pensamiento, nos hará falta, a más de la anterior constatación, analizar el grado de coherencia íntima de su forma de pensar en la madurez. De ese modo podremos elucidar si, junto con ideas motrices católicas, pudieron coexistir restos formales –senderos del pensamiento– del viejo naturalismo de la juventud. Para lograrlo, nos hará falta hacer un previo y somero estudio de las exigencias filosóficas de la doctrina católica, causa a la cual se adhirió la voluntad y la inteligencia de Donoso en su segunda etapa vital.

Tenemos por tanto que sobrevolar tres puntos, y lo haremos por este orden:

- 1) El sentido de la evolución de Donoso.
- 2) Los factores comunes al ejercicio de la inteligencia de la fe.
- 3) Las incoherencias del pensamiento donosiano.

1. EL SENTIDO DE LA EVOLUCIÓN DE DONOSO

Todo en Juan Donoso Cortés da la impresión de una precocidad que le lleva fatalmente a ser víctima de su propia superioridad. Ya a los once años lo vemos en la universidad de Salamanca y a los catorce años intima con el poeta Quintana, romántico, ultra liberal y afrancesado. Su paso por las universidades de Salamanca y de Sevilla le aportará un gran aparato de conocimientos positivos y positivistas y su amistad con Quintana le influenciará en sus inclinaciones liberales y románticas.

La gran capacidad intelectual del joven Donoso se encuentra, en un momento crucial de su existencia, sin la guía de una filosofía vital realista y coherente, de modo que no pudiendo ser mediocre en nada, absorbe apasionadamente la pseudo filosofía liberal y afrancesada, cuyos influjos ya flotaban en el ambiente familiar creado por su padre, don Pedro Donoso Cortés y Recalde, ambiente en el que convivían sin advertir su mutua repugnancia (como sucede habitualmente entre católicos liberales), la sincera piedad religiosa con la admiración por los ideales de la Ilustración.

En las veladas literarias que frecuentó en Madrid, recién licenciado, se codeó con lo más avanzado del romanticismo patrio y la forma de vida literaria que adoptó contribuyó a acrecentar más su formación ecléctica y liberal. Para 1828, cuando toma posesión como profesor en el Colegio de Cáceres, es un racionalista convencido, imbuido de la idea de progreso y del triunfo inexorable de la razón natural en la dinámica de la Historia. Carece de un sistema, es un ecléctico, al modo más propio de la época, más literario que sistemático, pero inequívocamente es un liberal. Por aquella época, si hemos de creer a su postrero amigo Louis Veuillot, no escamoteaba las lecturas admiradas de Voltaire y de Rousseau, amén de otros corifeos de la Ilustración gala.

En 1832, su *Memoria sobre la situación actual de España* nos muestra a un liberal de 23 intensos años, vitalmente un hombre ya maduro, que sostiene un liberalismo de tintes conservadores, burgueses y «de orden», frente a los renovadores partidarios del Infante Don Carlos y a los liberales progresistas más exaltados. Sus inmensas dotes y su equilibrio personal sirvieron para afianzar la causa del liberalismo burgués del que finalmente abominará.

Pero lo que nos interesa no es tanto la adscripción concreta y oscilante de sus opciones políticas circunstanciales, sino su formación intelectual y moral, la forja de su pensamiento. «En 1834 y 1836 –nos dirá Veuillot– le hemos visto proclamar la supremacía de la inteligencia y profesar abiertamente las doctrinas racionalistas». Es decir, desde el punto de vista del pensamiento, hasta entonces –más allá de las adscripciones más o menos avanzadas– se ha movido siempre entre referencias racionalistas y naturalistas. Hasta entonces ha carecido de sistematicidad, ha sido siempre un ecléctico y más bien un esteta literario de gustos liberales. Su herencia cultural y biológica le impedía gustar de

las expresiones más exteriormente revolucionarias de sus planteamientos y le empujaba hacia posiciones de orden burgués. Carecía, a todas luces, de una sana formación intelectual y moral conforme a la doctrina realista.

Como bien dice Edmund Schramm, «mucho antes de la crisis decisiva de su pensamiento, Donoso se hallaba “en camino”...». El primer indicio del cambio espiritual que va a operarse en él se encuentra en los párrafos finales de su décima y última conferencia en el Ateneo, en 1836. Se había producido ya el doloroso golpe de la muerte de su hija única y de su esposa. Donoso carga contra los «puritanos políticos» en un párrafo premonitorio:

«Hubo un tiempo, y ese tiempo no es tan lejano que no le hayan visto nuestros padres, en que, dominada la sociedad por sangrientos demagogos y por fogosos tribunos, pudo medir con ojos espantados el abismo de las revoluciones. En este tiempo de triste recordación, la libertad veló su frente, la justicia veló su frente, el crimen paseó por las calles públicas. El pueblo creyó ser libre y se miró con cadenas, creyó nadar en la abundancia, pero los demagogos no le dieron pan y para saciar su hambre le arrojaron los troncos mutilados de sus víctimas. Este mismo pueblo, a quien no le dieron pan sus tribunos ni libertad sus demagogos, fue despojado de su Dios por sus demagogos y por sus tribunos. ¿Qué le dieron en cambio? ¿Con qué llenaron ese inmenso vacío? Con la razón humana, que sucumbe si la fe no la sostiene, que desfallece si otra divinidad no la guía, con la razón humana,

*Flor inodora
Estatua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazón no adora.*

Ahora bien: ¿tenéis vosotros algo más que ofrecer? No, porque sois unos copiantes sin genio, y la sociedad os rechaza porque la sociedad es una víctima con experiencia. Vosotros, como ellos, no explicáis los males que a la sociedad atormentan sino por el vicio de sus instituciones, y como ellos, también, no encontráis el remedio sino en su absoluta reforma. Vosotros, como ellos, proclamáis la libertad, y como ellos, también dais principio a su reinado sofocando la libertad de pensamiento y sujetándolo al yugo de vuestras estériles ideas».

Como dice Schramm, los versos que cita Donoso «nos suenan a despedida de una época trasnochada de juvenil y entusiasta fe en la razón». La razón ahora, para Donoso, debe apoyarse en la fe.

La lectura de Joseph de Maistre, de Bonald había aportado nuevas referencias oportunas para su cambio interior. Donoso reflexiona sobre la importancia que históricamente ha tenido el cristianismo para cimentar una civilización superior, ordenada, creativa.

Pero nos parece percibir en sus palabras de admiración sobre todo la decepción por el ídolo previamente venerado, el hastío por la monstruosa exageración del poder de la razón. No deja de ser una valoración, una admiración ren-

dida del cristianismo, pero es todavía una admiración conforme a un patrón adquirido fuera, la admiración del que ha padecido los excesos del antagonista y mira con esperanza el advenimiento del viejo adversario. Es una admiración clarividente, porque todo en Donoso lo es, porque gozó de ese don del cielo, pero que en gran medida conserva intacta todavía la estructura mental forjada en derroteros extraños.

En este período, hasta 1848, Donoso experimenta una transformación generosa en la que se va sacudiendo las costras del racionalismo y de la filosofía moderna, imbuyéndose de una comprensión cristiana de la Historia.

Tras la revolución de febrero de 1848, las conclusiones políticas de Donoso se radicalizan y su transición y alejamiento del racionalismo filosófico se hace tajante y patente. A partir de este momento, con el momento culminante de *El Ensayo* y de la carta al Cardenal Fornari, el objeto que se impone Donoso es, mucho más que erigirse en campeón y defensor de la causa católica, implorar el perdón de sus faltas y lograr morir contando con el favor de la misericordia de Dios.

2. LOS FACTORES COMUNES AL EJERCICIO DE LA INTELIGENCIA DE LA FE

El hábito intelectual y sobrenatural de la fe requiere para su virtualidad ordinaria un mínimo de recto ejercicio de la inteligencia natural en el sujeto que la recibe. Ese mínimo es ciertamente pequeño, y aun en las inteligencias más envilecidas por el vicio de los falsos principios, la pervivencia de los primeros hábitos intelectuales y el amor a la verdad bastan para recibir el don gratuito de la fe. Pero la fe es el principio de la salvación y eso doblemente: en cuanto que es el fermento que por su propia dinámica reclama la salvación del sujeto y en cuanto que es tan sólo el comienzo de esa salvación, que requiere una cooperación libre, no sólo de la voluntad sino también de la inteligencia humanas.

Esa doble dinámica de la fe es el origen de una paradoja: es posible tener la fe y conservar malos hábitos intelectuales y morales adquiridos que, de suyo, repugnan a la fe. La naturaleza de la fe permite esa coexistencia provisoria, inestable, tolerada, en función de una progresiva purificación de todas las potencias naturales que deben ir gradualmente conformándose con las exigencias de la fe. En otras palabras: a la estricta conversión religiosa deben seguirle —por exigencia de la virtud de la fe infusa— las conversiones de las costumbres, de la inteligencia, hasta de los gustos, siempre y cuando se advierta que algo de lo que el individuo retenía en esos terrenos entra en colisión u obstaculiza el pleno desarrollo de la fe.

En la práctica, esa conversión dura toda la vida y por lo tanto, toda la existencia cristiana está revestida de una cierta paradoja. La fe, por su propia natu-

raleza, tiende a producir sus efectos propios y las potencias humanas se resisten a abandonar sus viejos hábitos, «el hombre viejo».

Lo anterior explica que los progresos en la vida espiritual requieran (en el sentido de tendencias naturales) una cierta coherencia con los progresos en la «*conversio morum et mentis*», pero no estén totalmente supeditados a ellos. Se dan casos de un gran y rápido crecimiento espiritual –siempre guiado por los dones del Espíritu Santo y por las virtudes infusas– y de la vida moral, junto con progresos mucho más despaciosos de reforma de la inteligencia y de los gustos, por ejemplo.

De hecho, siendo la conversión religiosa una gracia, las subsiguientes conversiones de las potencias son, aunque guiadas por la gracia, bien trabajosas y en muchos casos dolorosas. La conversión de la inteligencia es sin lugar a dudas la más difícil y fatigosa, incomparablemente más que la conversión moral, al punto, como señalaba más arriba, que en muchas ocasiones se completa la conversión espiritual y la moral, y sin embargo, no llega a avanzarse mucho en la conversión de la inteligencia.

En concreto, eso significa un desequilibrio y una falta de unidad en el pensamiento. Ciertamente, algunos aspectos más salientes, quedarán transformados por el resplandor de la fe, pero otros, quizás más elementales y basilares pero por eso mismo con relaciones menos evidentes con la fe, pueden permanecer inalterados después de la conversión religiosa y perdurar así durante toda la vida.

Este no es un problema peculiar de nuestra época, sino inherente al proceso humano de la conversión en toda la historia. No deja de ser cierto, sin embargo, que en la modernidad, la difusión del espíritu liberal ha contribuido a hacer todavía más difícil ese proceso de purificación de las inteligencias convertidas a la fe. Podríamos decir que, en este terreno, el llamado liberalismo católico avala la minimización de la exigencia de conversión de la inteligencia, propugnando que lo que la pedagogía de la fe considera un estadio provisional (coexistencia de malos hábitos intelectuales con el hábito de la fe), tolerado en orden a su progresiva purificación, se convierta en libre ejercicio de una facultad independiente de la fe. Lógicamente eso conlleva una reducción sentimental de la fe en detrimento de su naturaleza estrictamente intelectual, que hace innegable la necesidad de armonizar toda la inteligencia humana, natural y sobrenatural, de las cosas.

3. LAS INCOHERENCIAS DEL PENSAMIENTO DONOSIANO

La patente evolución de Juan Donoso Cortés marcó un sentido ideal: del racionalismo liberal hacia el realismo y la civilización cristianos. Es él mismo quien lo proclama y hace gala de ello. En esa misma medida podemos analizar si los esfuerzos de Donoso por conformarse a la verdad católica fueron todo lo exitosos que él deseó.

Donoso no llegó a ser nunca un pensador sistemático, no creó sistemas. Se caracteriza más bien por unas dotes intuitivas descomunales, unas virtudes naturales eminentes, un verbo fresco y sorprendente que desempolva las ideas y las presenta con un fulgor de novedad, bajo un ángulo sorprendente, con una capacidad de anticipar sintéticamente las consecuencias lógicas de premisas dispersas y confluentes.

Tiene Donoso una inteligencia de lo concreto pasmosa y un amor a la verdad genuino. En no pocas ocasiones, durante todas sus etapas, esas capacidades le hacen erguirse por encima de una arquitectura intelectual defectuosa y dictar profecías admirables. La grandeza y la flaqueza de Donoso se anudan precisamente en sus antológicos aciertos.

Ya algunos contemporáneos detectaron inconsistencias en el pensamiento de Donoso y Schramm resume en tres puntos las fallas del pensamiento donosiano a la luz de la doctrina católica:

- 1.º Un vicio antropológico: la teoría de la corrupción total de la naturaleza humana por el pecado, con las pesimistas y fatalistas consecuencias que de ella se derivan por necesidad;
- 2.º La concepción de «civilización católica», carente del debido deslinde entre los órdenes natural y sobrenatural.
- 3.º La teoría de la necesaria victoria del mal en el mundo.

Creo que íntimamente relacionada con estos defectos se encuentra otro vicio innegable y fundamental del pensamiento donosiano y es que, al carecer de un adecuado conocimiento de la analogía del ser y de la distinción del orden natural y sobrenatural, no tiene una verdadera doctrina política en el sentido católico y realista, es decir, en tanto en cuanto percibe la existencia de un bien común inmanente a la sociedad, bien temporal, posible y apremiante, en cuanto distinto del bien común trascendente, que es la fruición de Dios.

De hecho, es digno de señalarse que, mientras que en su fase postrera Donoso señala algunos grandes principios abstractos y universales de política y de sociología, y advierte de riesgos igualmente universales, carece de una sensibilidad análoga para el discernimiento del escenario político patrio, para la política real de su comunidad política. No es en absoluto pensable que Donoso desconociera la naturaleza profunda y esencial de la confrontación entre el régimen nacido a la muerte de Fernando VII y la causa carlista. Con independencia de afinidades personales e históricas, llama la atención que Donoso no advirtiera que la reacción carlista encarnaba no tanto la formulación de sus propias intuiciones como la respuesta concreta y tradicional hispánica a los problemas que él tan agudamente individuaba. Su hermano, a quien estaba muy unido y que no descollaba al nivel intelectual de Juan, militaba en las filas carlistas, en ruptura con la inercia liberal de la familia. Sin embargo nuestro Donoso, incluso en sus años más lúcidos, siempre se concibió políticamente en el marco de referencia de un régimen nacido de las ensoñaciones liberales que

él detestó. Eso delata una cierta falta de conexión entre las premisas mayores o generales y las menores de la realidad política en sentido más clásico. Donoso no llegó a advertir que llegar hasta el fondo de sus premisas significaba romper tajantemente no sólo con unas ideas políticas partidistas, sino con su progenie histórica, «dinástica» y de régimen.

La gran fuerza del pensamiento donosiano, que la eleva casi a la categoría de lo milagroso, estriba en haber sido capaz de distanciarse de las consecuencias necesarias de la filosofía ambiental –de la que también él quedó siempre afectado– y sin esperar a reedificar su propio armazón filosófico adelantarse apresurado a recorrer el camino de la fe y confutar mientras avanzaba en ese camino todos los obstáculos que a su alrededor se erguían.

No nos puede caber duda de que su itinerario hacia la verdad católica estuvo guiado por los dones del Espíritu Santo, a la prodigalidad de los cuales se mostró heroicamente dócil. No sólo murió santamente, sino que acertó, como queda dicho, al detectar los males atroces que se derivaban y se derivarían todavía más de la política racionalista y positivista de la época, igual que acertó en la expresión de sus temores, haciéndolo de forma eficazísima, pues no en vano procedía de la misma corriente que él estaba refutando. Era cuña de la misma madera.

Donoso representa el drama terrible de las consecuencias de la apostasía social. No parece que su noble espíritu dejara nunca de aspirar a la verdad y al bien, y sin embargo, nació en el seno de una sociedad y de una familia que habían pretendido armonizar la religión con el culto a la razón ilustrada. Donoso fue todavía heredero de una educación aristocrática que, olvidada de sus raíces, transmitió unas virtudes vigorosas pero ciegas. Recibió una moral disociada de la inteligencia, una instrucción fascinada por el progreso científico y técnico y olvidada de la íntima composición de lo real. En resumen, la filosofía cristiana en su época yacía arrumbada y sin crédito, y no tuvo el privilegio de sumar a sus envidiables disposiciones naturales el benéfico influjo de la sana filosofía y de la recta doctrina teológica.

Creció en la piedad materna, en verdad notable, y a cuya fidelidad, sin duda, correspondió Dios con la sobreabundancia de dones que, sin embargo, no sustituyen las naturales exigencias de la inteligencia y de la voluntad. Quién sabe hasta dónde hubiera podido llegar Donoso si no hubiera tenido que remontarse –asistido por la gracia– por encima de las contradicciones de la mala filosofía ecléctica y hubiera contado con las alas de la filosofía tomista.

La apostasía social que vivió ya Donoso y cuya exacerbación vivimos nosotros es un mal que fatídicamente deja sus marcas sobre los hombres que nacen bajo su yugo. La falsa ingenuidad de tantas corrientes pseudo teológicas del día nos quiere hacer pensar que el amor de Dios nos toma sin que las marcas de nuestra historia personal condicionen su acción restauradora. Nada más falso. Como bien enseña el dicho teológico: la gracia perfecciona la naturaleza, pero la presupone y no la destruye.

También en este sentido el periplo vital de Donoso es ejemplar. Es una parábola del hombre moderno que encuentra a Dios. Aun desde el alejamiento más tenebroso es posible aceptar la gracia, pero eso no significa que las huellas de los malos hábitos intelectuales y morales no entorpezcan todo el despliegue de la santificación en el alma si no son combatidos específicamente, es decir, en cuanto aspectos naturales que deben reformarse a la luz de la gracia.